



***Acto de Homenaje a la Escuela Quirúrgica Finochietto 2009
Entrega del Enrique y Ricardo Finochietto al
Señor Académico Prof Dr Conrado Cimino***

**Palabras del Sr Presidente de la Asociación Médica Argentina.
Prof Dr Elías Hurtado Hoyo**

Autoridades de la mesa. Sr Vicepresidente de la AMA Dr Falasco Miguel, Miembros de la Comisión Homenaje Dres Zancolli Eduardo y González Aguilar Osvaldo y Sr Homenajeador Dr Cimino Conrado, discípulos de la Escuela, Sres y Sras.

En octubre del 2001 miembros representativos de la Escuela Quirúrgica para Graduados Enrique y Ricardo Finochietto, los Dres. Juan Alberto Cerisola, David Azulay y Osvaldo González Aguilar, nos solicitaron la Creación del Premio Enrique y Ricardo Finochietto para honrar y recordar la Escuela Quirúrgica de los hermanos Enrique y Ricardo Finochietto la memoria de dichos maestros. Esta inquietud nuestra Comisión Directiva la aprobó por unanimidad. Posteriormente se constituyó la Comisión Homenaje con la cual se han programado todos los actos.

Para esta, la octava entrega del Premio Enrique y Ricardo Finochietto de la Asociación Médica Argentina, fue propuesto por la Comisión Homenaje, el Dr Conrado Cimino. También se aprobó por unanimidad reconociendo los méritos incuestionables que lo han llevado a ser una de las figuras más sobresalientes de la Cirugía desde lo científico-técnico y la docencia, pero por sobre todo... por ser un modelo en lo ético y moral... Para la AMA entrelazar los vínculos con la Escuela de los Finochietto es de alta significación. Ambos hermanos y la mayoría de sus discípulos han sido... o...son socios de nuestra Institución. Durante años han participado en forma activa en las conferencias científicas en estos mismos salones donde hoy estamos recibiendo.

Dado el público presente nos pareció oportuno hacer un breve comentario de la historia de la AMA. Mencionaré algunas de sus figuras que tuvieron repercusión social. La AMA se crea en 1891. Dentro de los fundadores se encontraba Juan B Justo quien sería el introductor de la esterilización en nuestro medio, y doña Cecilia Grierson, primera mujer médica del país y responsable del desarrollo de la enfermería. En 1892 sale el primer número de nuestra Revista que mantiene vigencia hasta la fecha. Su primer Director fue Leopoldo Montes de Oca; otro de

los más destacados fue Bernardo Houssay; el actual es Alfredo Buzzi, Decano de la Facultad de Medicina de la UBA. También recordemos que hace 100 años, en 1909, presidía esta Institución José Ingenieros uno de los pensadores más representativos de nuestra cultura. Para no extenderme sólo recordaré que entre los Presidentes de la AMA, en sus 118 años de existencia, hubo varios cirujanos, entre los que se destacaron Marcelino Herrera Vegas, José Arce, Carlos Otolenghi, Carlos Obarrio y José Valls.

No puedo dejar de señalar la importancia, en estos períodos de crisis social, económica, política y moral del país, de recordar los líderes de oficios, quienes con su trabajo fecundo forjaron la Argentina, en este caso en especial a través de la cirugía. Actuaron en una época de grandes figuras de otras escuelas del país. El accionar de la Escuela impuso su jerarquía logrando el respeto de las otras escuelas Quirúrgicas argentinas y extranjeras. De las nacionales mencionaré las de José Arce de Buenos Aires, Pablo Mirizzi y Juan Marín Allende de Córdoba, y Federico Chritsman y José María Mainetti de La Plata.

No voy a entrar a comentar temas específicos relacionados a la escuela, pues de ello se ocuparán los próximos oradores. Pero no puedo dejar de mencionar la creatividad de sus Directores como por ejemplo para mi especialidad, la Cirugía Torácica, para la cual desarrollaron el separador intercostal que lleva su nombre, el cual facilitó el abordaje al tórax profundo dando un impulso avasallador a esta especialidad en todo el mundo. Tampoco podemos dejar de mencionar la propuesta del frontoluz que hoy día nos parece un hecho obvio.

Como anécdota señalaré que Domingo Liotta, discípulo dilecto de Mirizzi, al recorrer el mundo luego de imponer el corazón artificial a mediados de la década de los 60', llevaba como regalo de muy alto valor a sus amigos internacionales el disco "Buen Amigo", tango con música de Julio de Caro y letra de Juan Carlos Marambio Catán dedicado a Enrique Finochietto. En reconocimiento la AMA en su Sitio web ha dedicado un lugar especial para este premio y para aquello que los discípulos de la Escuela y lo que deseen aportar para memoria y honra de vuestros maestros. Uds pueden leer todos los discursos de las distintas entregas del Premio, junto a las fotos de los actos.

Como veníamos señalando a través de los años en que viene entregándose el Premio, el mismo ya tiene su propia historia. El hecho que creó más emoción nos causara fue cuando uno de los cursillistas de la Escuela, nuestro antiguo amigo del Hospital Logomarsino de la ciudad de Merlo, el Dr Víctor Desseno, trajo con motivo de la 3ª entrega, año 2004, las cenizas de don Enrique Finochietto, iniciador de la Escuela los que presidieron simbólicamente el Acto hecho que nos emocionó profundamente a todos los presentes. El Dr Desseno, fiel a la tradición de la Escuela por su constancia, no descansó hasta conseguir también las cenizas de don Ricardo las

cuales ocuparon el lugar de Honor en la cuarta entrega. Posteriormente se logró reunir las cenizas de ambos hermanos en una misma Bóveda de la Recoleta, luego de varias décadas de estar separados. El espacio fue cedido por iniciativa del Prof Dr Vicente Gorrini, por la Sra Carmen A Menéndez de Gorrini, y la familia Casco Montero Sra Betina y el Dr Raúl, a los cuales les estaremos eternamente reconocidos. Este y otros episodios circunstanciales, no previstos, le han dado el Premio al mismo, aporta de su elevado nivel científico, un carácter humano, donde se mezclan el respeto y los afectos.

En la fecha el Académico Eduardo Zancolli nos hará el recordatorio de Leoncio Fernández y Alejandro De la Torre la semblanza del homenajeado...He seguido de cerca la carrera de Conrado Cimino a su actividad asistencial en el Htal Fernández como sus brillantes exposiciones en la Academia Argentina de Cirugía. Felicitaciones Conrado.

Sras y Sres La verdadera riqueza del país son los hombres como los que crearon la Escuela y los discípulos que homenajeamos. Que sirva de testimonio viviente para que los más jóvenes tengan presente cómo se hizo la verdadera historia de la patria, la del trabajo fecundo, de las ideas creativas, la del silencio humilde...Este sencillo acto reafirma que la Medicina Argentina mantiene la vigencia que estos luchadores soñaron. Por mi intermedio, nuestra Comisión Directiva, os desea agradecer el hacernos partícipes de tanta gloria. Que Dios ilumine vuestro camino. Muchas Gracias

**Palabras del Prof Dr Eduardo Zancolli recordando Leoncio Luis Fernández
Maestro de la cirugía ortopédica argentina**

“El camino hacia la operación perfecta por la sencillez del menor daño”

LL Fernández

Estamos convocados nuevamente para recordar la Escuela Finochietto y en esta oportunidad, también, la figura de Leoncio Luis Fernández, Maestro de la cirugía ortopédica argentina.

Fernández fue un cirujano brillante, no como exclusividad de su formación quirúrgica, por seguir con celo y fidelidad los preceptos propios de la Escuela, sino también, por haber imprimido una impronta personal, de eficiencia y de belleza, a su hacer operatorio. Ello fue, seguramente, consecuencia de su plasticidad de pensamiento, su imaginación y su vasta cultura general. Por esto, creo, transformó su oficio quirúrgico -el simple seguir de un conjunto de reglas y prácticas de carácter manual e instrumental- en una maestría de ingenio, en artesanía.

Fernández, por tener consciencia de ello, escribe sobre lo que entiende por el camino hacia el perfeccionamiento quirúrgico, camino de hacer cirugía con sencillez del menor daño posible, que lleva a lo que llama la “operación perfecta”. Estas ideas lo absorbieron en sus últimos tiempos, y resultan tan cautivantes, que las tomaré como propósito principal de esta presentación, que trata de descubrir la tan particular individualidad del Maestro, dejando a un lado sus logros, tanto profesionales como académicos, que fueron muchos.

Se sentía orgulloso de su ascendencia española. Su padre emigró de Asturias, a fines del siglo XIX. Su madre llegó de Castilla (Madrid), muriendo muy joven, a los 48 años, lo que exigió que su padre debiera cuidar de sus seis hijos, cinco de ellos mujeres. Nació el 22 de febrero de 1908, en el barrio de Flores, de la Capital Federal. Cursó sus estudios secundarios en el Colegio Mariano Moreno.

Vivió la mayor parte de su vida en Olivos, rodeado por un parque con esculturas, sobre las que solía apoyar sus manos para acariciar su belleza. Aquí, solía decir, que había plantado un árbol en el nacimiento de cada uno de sus cuatro hijos. Conoció a Celina, su esposa, en el Hospital Rawson, siendo enfermera de la Cruz Roja. Se casaron en 1943.

Se graduó de médico en 1931, ingresando a la escuela Finochietto en 1934, luego de haber acompañado a Pedro Quiroga al Hospital Alvear, para que Ricardo Finochietto lo operara de un menisco de la rodilla.

Estudió piano por dos años, tocando luego en la radio y en actos vivos de los cines. Su pasión por la música lo acompañó en toda su vida, lo mismo que el dibujo y la lectura.

Lo conocí, luego de haber ingresado a la Escuela del Hospital Rawson (1947). Para esa época, en los miércoles quirúrgicos, su jefe, Ricardo Finochietto, solía distribuir a los médicos concurrentes al hospital por las distintas mesas operatorias. En la mañana del 27 de Octubre de 1949, el Diario Democracia, tomó documentación y publicó fotografías de la escuela. Casualmente, en esa oportunidad me encontraba presente. Por entonces conocí a Leoncio Fernández como Jefe del Departamento de cirugía ortopédica de la Escuela.

De esos tiempos, tengo vívidos recuerdos de Fernández y su cirugía, con imágenes que suelen recurrir como en un sueño.

Recuerdo, dirigiéndome muy temprano al hospital, en el barrio de Constitución, ya que llegar temprano era imperativo. Solían ser mañanas muy frías, cuando todavía estaban encendidas las luces de la noche y las calles con restos del rocío.

De entrada, debía recorrer una larga pérgola, para luego subir por una mágica escalera que me conducía para aprender cirugía. Con ánimo y curiosidad abiertos y convencido de que una vez más, quedaría cautivado por la técnica y arte del Maestro, me disponía a asistir en la operación.

Como era proverbial de la Escuela, y la solemnidad del momento, todo se cumplía en religioso silencio, donde solamente era visible el armonioso y moderado movimiento de las manos del operador, que con ubicación y postura exactas, conseguía con sencillez el objetivo propuesto.

Solamente se podía hablar a requerimiento del cirujano. Era su forma de hacer cirugía, para que el pensamiento estuviera siempre anticipado a los gestos manuales e instrumentales y poder transmitir con la mayor precisión el mensaje educativo. Nuestro asombro ante su estilo, como para todos los que lo veían operar, era reverencial. Era llamativo su gran regocijo, cuando definía la causa de una enfermedad, corregía un defecto y por sobre todo conseguía eliminar el dolor por su acto quirúrgico.

Todo lo que mostraba iba al papel, por letra y dibujo, con el preciso objetivo de enseñar y permitir su reproducción con la mayor facilidad y en el menor tiempo posible.

Los dibujos solían acompañarlo en su soledad. En ellos encontraba con gran facilidad la crudeza de la naturaleza humana, lo que conseguía con muy pocas líneas.

Era alto y garboso, de andar pausado pero enérgico. Cautivaba con su conversación y su cultura. Era muy fácil descubrir en sus expresiones su estado emocional. Su frente era amplia, con ojos indagantes que más que mirar examinaba. Su nariz aguzada, avanzaba desde sus pómulos, sobre un rostro de piel cobriza. Libero Badíi lo reprodujo con asombrosa realidad.

Sus manos tenían dedos afinados y largos, con posturas que reflejaban su inteligencia y que utilizaba en la cirugía con fuerza, pero imperceptiblemente. Esto lo descubrió en Enrique Finochietto, a quien admiraba. Me contó, que asistiéndolo a operar en una tiroidectomía, pudo, inadvertidamente, tocar la mano izquierda del operador, asombrándose que detrás de una suave maniobra para extraer la glándula, se escondía gran firmeza y fuerza.

Tuve la fortuna de seguirlo durante más de veinte años. Me encadenó, como a todos sus discípulos, con un riquísimo legado. Solía llamarme telefónicamente para conversar, no solo de cirugía, sino también sobre cosas generales, filosofía, creatividad y lenguaje. Me decía que amaba la capacidad de aplicar con precisión los vocablos apropiados de cada idea y la importancia de ser justo en apreciaciones y ejecuciones. Solía repetirme que cuando se escribe o se dice algo, se lo debía hacer sin desvío alguno de lo que realmente piensa.

Diseñó la placa-emblema de la Escuela, empleando para ello el separador intercostal de Enrique Finochietto, el que abierto, forma dos letras “F”, que representan a los hermanos Finochietto.

En sus últimos tiempos, ya retirado, solía escribir en su casa de Olivos, habitualmente sentado en su jardín, sobre uno de sus temas preferidos: lo que debería entenderse por “la operación perfecta”, tratando de descubrir lo oculto detrás del simple accionar de manos, de cortar, de reparar o de extirpar por parte del cirujano o de la misma tecnología quirúrgica moderna.

Solía escribir como era de su agrado, a lápiz y en cuadernos escolares. He tenido la fortuna de heredar algunos de ellos de los que he extraído sus ideas .

Escribe para esa época, lo que entiende por la “operación perfecta”, por la modalidad de hacer cirugía con sencillez, eliminando todo tipo de artificio y anulando lo superfluo, el adorno, lo ostentoso, lo teatral y, a su vez, por indicación de lo rigurosamente justo y en la medida de lo estrictamente necesario. Que en su esencia, “la sencillez quirúrgica debe entenderse el provocar el menor daño posible” y que “una intervención operatoria debe ser la suma de actos creativos de sencillez, por menor daño, desde la incisión cutánea hasta el final”.

Agrega que “hacer cirugía hacia la perfección por la sencillez del menor daño, no se obtiene exclusivamente por conocer técnicas quirúrgicas, manejar tecnologías o seguir rígidos preceptos para conseguir un orden que evita errores, sino que es algo más, que es necesario proceder con la idea de producir la menor injuria sobre los tejidos, ya que todo acto operatorio es, en esencia, un acto contra-natura”.

“Que por insistir por este camino el cirujano puede alcanzar, finalmente, una actitud para un hacer automático por sencillez, producto de la inteligencia intuitiva, guiada desde el conocimiento y la experiencia” y que “por este hábito hacia lo sencillo por menor daño, es posible llegar a un verdadero estado de gracia (como lo llama) que lo habilita obtener con naturalidad y espontaneidad su principal objetivo médico, el de curar, en este caso por la cirugía”.

Por estas ideas Leoncio Fernández desnuda su individualidad, su talento innato, el concepto de poder hacer cirugía de una forma que no viene en los manuales, escapando de toda partitura, para poder obtener respuestas precisas ante la particularidad de cada demanda. Por todo esto, incuestionablemente, se anticipa a las tendencias actuales de la menor invasividad quirúrgica. Esta fue su artesanía.

Solía insistir sobre la importancia de dibujar, ya que así es posible transferir, con mayor facilidad, la imagen impresa en la mente hacia el acto operatorio, el que resulta como dibujar o

esculpir, con la posibilidad de crear, a su vez, una anatomía propia para cada intervención. Una de sus grandes tendencias fue tratar de reproducir por la cirugía la forma humana, por ello se dedicó con tanto esmero a reconstruir la anatomía normal al reducir y estabilizar las fracturas mediales del cuello femoral, así como las del calcáneo. Su gran aporte técnico estuvo en el tratamiento quirúrgico de las lumbociáticas, así como de las cervicobraquialgias. Describiendo técnicas originales.

Me he preguntado muchas veces, cual fue nuestro mayor aprendizaje a su lado, creo que la posibilidad de poder salir de la línea, sin perder la dirección del objetivo curativo con eficiencia. La preparación necesaria para un hacer quirúrgico ordenado, no solamente hacia lo lineal sino también ante lo inesperado, bajo la guía de un razonar flexible de adaptabilidad y con la sencillez del menor daño posible.

Leoncio Fernández acerca sus ideas de la perfección quirúrgica a la interpretación de la creatividad musical por Beethoven, del genial compositor que ya a los 30 años vivía su historia. Lo hace en oportunidad de recibir de sus pares la designación de Maestro de la Cirugía Ortopédica Argentina (Boletines y Trabajos de la Sociedad Argentina de ortopedia y Traumatología, Año XL, Nº 1, 1975).

Beethoven, antes de escribir la "Appassionata", en 1804, confiesa que "no estaba satisfecho con su labor" y "que debía encontrar otro camino". A su vez agrega: que "el final de la sonata debía ser más sencillo". Por estas reflexiones encuentra su famoso "immer simpler": (hacer siempre más sencillo), para poder encontrar el camino hacia la perfección. Romain Rolland escribe que "Beethoven, en la "Appassionata", como en ninguna otra de sus sonatas, alcanza tan alto grado de lógica severa y de perfecto equilibrio entre el pensamiento, la técnica y las fuerzas interiores".

Este es el "immer simpler" que Fernández rescata para su interpretación de lo que llama como la operación perfecta, el que lleva a la más profunda sabiduría del cirujano, producto de la unión de: preparación rigurosa, conocimientos máximos, principios científicos precisos y la mente dirigida en forma permanente, casi despojada de la voluntad y como hábito a poder cortar o reconstruir con el menor daño de los tejidos con la mayor eficiencia.

En los últimos días del Hospital Rawson (1977,) decidimos con el Maestro hacer una visita para recordar los viejos tiempos. Mencionó entonces, con nostalgia, lo que había sido la Escuela, lo que los hermanos Finochietto habían logrado para el prestigio de la cirugía argentina y que en los jóvenes, herederos de su legado, quedaba la responsabilidad y la fuerza necesaria para mantener en lo más alto el recuerdo y la gloria de quienes habían sido sus jefes y su obra. De

quienes con férrea vocación, convicción y metódica enseñanza, pusieron en nuestras manos nuestro destino.

Leoncio Fernández llevó siempre en su alma a Ricardo Finochietto, su Maestro, por ello en el 92º aniversario de su fallecimiento dice anticipándose a la historia: ...”no habrá muerte para Ricardo Finochietto, porque su Escuela estará vigente mientras haya cirugía”. Creo que esta será por siempre la memoria de los que lo conocimos.

PALABRAS DEL DR ALEJANDRO DE LA TORRE.

Sr Presidente de la Asociación Médica Argentina Profesor Dr Elías Hurtado Hoyo, Miembros de la Escuela Quirúrgica Enrique y Ricardo Finochietto, Colegas, Señoras y Señores

La Comisión Permanente de Homenaje, anualmente organiza esta Sesión Pública, con el fin de honrar la memoria de la Escuela Enrique y Ricardo Finochietto, de su legado y de todos los que pertenecen a su historia y tradición.

Hoy por Octava vez consecutiva se hará entrega del premio “Enrique y Ricardo Finochietto”, que ya les fuera adjudicado a Julio Uriburu, Eduardo Zancolli, Santiago Perera, Héctor Santágelo, Juan Carlos Olaciregui, Arturo Heidenreich y Claudio Barredo. Tal vez este sea el galardón más importante, para quienes tenemos el orgullo de pertenecer a nuestra escuela.

Debo agradecer a la Comisión Permanente de homenaje por haberme honrado al asignarme la difícil tarea de ser objetivo e imparcial en el juicio para presentar, a quien me ha formado en este arte y que además de haber sido mi maestro, me ha brindado la posibilidad de gozar de su amistad, el Profesor Dr Conrado R Cimino, a quien nos toca hoy, hacer entrega de esta importante y merecida distinción.

En esta breve presentación intentaré describir su genio y figura apelando a los recuerdos para graficar su trayectoria quirúrgica y humana

Conrado R Cimino hijo único de Celia Berazay y Conrado Cimino, nació en Buenos Aires, en su casa de la calle Cabello entre Malabia y Ugarteche, el 31 de diciembre de 1935 Su padre era médico Odontólogo, y fue quien fundó el servicio de odontología de la Prefectura Naval Argentina.

Pasó su infancia, en el Barrio de Palermo, que lo vio crecer y cursó sus estudios primarios y secundarios en el Colegio de la Salle. Allí a los 7 años, conoce a la hermana melliza de su compañero y amigo, con la que entabla una relación de amistad, que 8 años después se convertiría en su novia y en 1960 en su esposa. Helena lo ha acompañado a lo largo de toda su vida y juntos construyeron una fecunda familia, tuvieron 4 hijos, y hoy ya 8 nietos

En 1953, ya con una vocación definida por la cirugía, ingresa a la Facultad de Medicina, de la Universidad de Buenos Aires, graduándose de médico en 1960. En 1962 realiza su Tesis de

Doctorado sobre el tema “Úlcera péptica Postoperatoria”. Obteniendo así el título de Doctor en medicina.

En ese momento la Escuela quirúrgica de Enrique y Ricardo Finochietto; se encontraba en todo su esplendor. Conrado Cimino llega al Hospital Rawson por la amistad que tenía su padre con Augusto Covaro, quien era entonces el jefe del pabellón IX. Allí bajo la dirección de Agustín Salas, Conrado sella su personalidad quirúrgica con lo que más caracterizó a la escuela, la depurada técnica quirúrgica.

Agustín le enseñó a transmitir todo lo aprendido basado en el estudio permanente, el orden, y la disciplina, con un rigor casi prusiano, aun hoy recuerda que su primer hijo nació a las 3 de la mañana y ese día tenía en lista una hernioplastía a las 7.30, esta era una obligación ineludible que debió cumplir. En el pabellón IX llegó a ser encargado de la sección de cirugía esófago gastroduodenal, secundado por sus amigos Marcelo Castillo, Domingo Carriquiri y Carlos Puppo. En 1976 a pedido y por presentación de Serrovalle Agustín Salas acepta mi ingreso al servicio y me asigna a la misma sección bajo la tutela de Cimino, así la vida cruzó nuestros caminos hasta el trágico año de 1978 en el que se produce el cierre del legendario Hospital Rawson.

Cimino pasa entonces al Hospital Fernández donde llegaría a ser Jefe de Unidad de Cirugía. Simultáneamente desarrolla su actividad académica y asistencial en el Sanatorio Municipal Dr. Julio Méndez donde junto con Domingo Guadalupe continuamos a su lado. Allí, Conrado llegaría a ocupar los cargos de Jefe de Unidad y posteriormente del Departamento de Cirugía. En 1994 fundamos la residencia de cirugía, de la que ya han egresado más de 40 Cirujanos formados, muchos de ellos hoy son nuestros embajadores en el interior y en el exterior de nuestro País.

En el ámbito académico, desarrollo su actividad docente principalmente en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, donde comenzó como Adscripto de cirugía, en 1980 fue Docente Autorizado y en 1997 obtiene el cargo de profesor adjunto en esta universidad y en la de Favaloro. Posteriormente obtendría el de Profesor consulto.

Es miembro Académico titular de la Academia Argentina de cirugía y en su fecunda labor científica es autor y coautor de 6 libros, presento 116 trabajos de investigación 6 de los cuales fueron motivo de importantes premios. En el 67 Congreso Argentino de Cirugía fue designado Relator Oficial del Tema: Hemorragias digestivas Altas, en esa oportunidad acompañado por Jorge Covaro, realizó una importante labor propia de su permanente dedicación por el tema, que marco pautas para el manejo de esta patología.

Hasta aquí el resumen de su trayectoria profesional, y rescatando recuerdos surgen una innumerable cantidad de anécdotas que construyen el relato de su figura, para las que sería insuficiente el tiempo de esta presentación pero permiten rescatar episodios que marcan su personalidad, Justo en sus juicio de valor, inteligente y de respuestas rápida y aguda, Recuerdo

que en una oportunidad durante una discusión de casos un colega, con cierto tono irónico le pregunto: ¿doctor usted que literatura lee?, entonces de inmediato Conrado le contesto: vea Dr. Yo ya no leo, escribo. Su gran honestidad científica, rigurosidad en el trabajo y precisión en el juicio; le han otorgado la admiración y el respeto de sus pares, en especial de los más jóvenes por los que Conrado siempre mostró especial dedicación a la hora de su formación. Entre sus discípulos hoy hay Profesores Adjuntos y miembros Académicos, y varios son Jefes de Servicio de distintos Hospitales. A lo largo de su fecunda actividad quirúrgica, ha dejado profundas huellas en cada uno de todos los que tuvimos la suerte de conocerlo, ya que ha tenido la grandeza de brindar siempre el consejo justo, la mano protectora en el momento adecuado y la agudeza del juicio para analizar situaciones que siempre parecían fáciles al ser filtradas por su análisis. En el quirófano siempre brindo con su enseñanza y su gesto justo la seguridad tranquilizadora que serena la ansiedad de la inexperiencia.

Autoridades,

Colegas, Señoras y Señores.

He intentado en este relato presentar lo más justamente posible al profesional, al hombre y su trayectoria, una de las personas que más ha influido en mi vida profesional. Finalmente deseo honrar la figura del Maestro y al hombre agradecerle por haberme brindado su amistad. Muchas gracias

PALABRAS DEL PROF DR CONRADO CIMINO.

Sr Pte de la Asociación Médica Argentina, Prof E Hurtado Hoyo. Autoridades que honran con su presencia nuestra Reunión Anual. Colegas y Amigos. Señoras y Señores

Agradezco a la Comisión de Homenaje por haberme propuesto para recibir este premio entre tantos de los destacados cirujanos que pertenecen a nuestra Escuela. Es por eso, que lo considero inmerecido, pero no obstante, no puedo ocultar mi satisfacción por esta distinción que tiene un valor y significado especial para un "finochietista". Así, que nuevamente mi agradecimiento.

Me pareció que la mejor manera de expresarlo era hacer una evocación del lugar donde me formé, el Pabellón IX del H. Rawson y resaltar la figura de quién fuera su genio creador, Enrique Finochietto.

EL HOSPITAL RAWSON

Las encarnizadas batallas libradas en la guerra con el Paraguay dejaron un saldo lamentable de numerosos heridos y lisiados que deambulaban por las calles de Buenos Aires.

Por ese motivo, y por iniciativa de José C Paz, se planteó la necesidad de construir un albergue para el asilo y cuidado de esos ex combatientes. Con esa finalidad, se inauguró en un predio del barrio de Barracas el “Hospicio de Inválidos”, el 24 de mayo de 1868, bajo la Presidencia de Bartolomé Mitre. Durante casi 20 años cumplió con esa función pero luego, debido al crecimiento de la población vecina, tuvo que destinarse una parte del mismo para la atención de pacientes agudos. Cambió entonces su nombre por el de “Hospital Mixto” y en 1894 tomó el actual de “Guillermo Rawson”. Cuando se creó el Servicio de Cirugía, se designó Jefe a Andrés Llobet, un notable cirujano que tuvo el mérito de ser el creador de la “Escuela del Rawson”. Después de su prematura muerte continuó su obra David Prando, otro destacado cirujano, que supo contar entre sus colaboradores a Enrique Finochietto, Oscar Copello, Rodolfo Pasma y Federico Christmann.

En 1923, la Municipalidad decidió reformar y ampliar el viejo Hospital para adaptarlo a las nuevas exigencias del momento. Una vez remodelado, la reapertura tuvo lugar en abril de 1926.

El Pabellón IX se le asignó a Enrique Finochietto, por entonces en Europa pero ya figura de gran prestigio de la cirugía argentina. A su vuelta colaboró con los arquitectos para aplicar los conocimientos que había recogido en sus visitas a los distintos hospitales europeos.

Por su distribución fue un modelo para la época. Los dos pisos superiores correspondían a las Salas de internación. En la Planta Baja estaban los consultorios externos, el de endoscopía y la sala de rayos. En un extremo del corredor, se encontraban los quirófanos, en uno de los cuales estaba instalada la mesa ideada por Enrique Finochietto, accionada por un motor eléctrico. Para ubicar a los visitantes que acudían de todas partes a presenciar las operaciones del Jefe, estaba provisto de gradas semicirculares, como vemos en esta foto, a las que se accedía por un sector lateral. Fue un Instituto de Cirugía y Ortopedia que, por su complejidad, mereció ser considerado el mejor organizado y de mayor prestigio de la Capital.

ENRIQUE FINOCHIETTO, representa una figura cumbre de nuestra cirugía. Parco, de lenguaje medido y gestos elegantes, perfeccionó técnicas, ideó instrumentos y dio jerarquía al acto quirúrgico en el que todo estaba planificado y previamente estudiado, desde la posición del paciente hasta las variadas contingencias que podían presentarse en el curso de la operación.

A su lado siempre estuvo Ricardo Finochietto, su mejor discípulo y más devoto admirador. Maestro por antonomasia, supo captar, perfeccionar y difundir la Escuela Quirúrgica que concibiera su genial hermano.

Hijo de Tomás y Ana Finochietto, nació Enrique el 13 de marzo de 1881, en una casa de la calle Viamonte, próxima al Sanatorio Podestá en el que posteriormente desarrollaría la mayor parte de su actividad privada.

Cursó los estudios secundarios en el Colegio del Salvador dónde ya demostró una gran afición por el dibujo, que luego le sería de tanta utilidad para la concepción de instrumentos y aparatos.

Cuando tan sólo contaba 16 años, ingresó en la Facultad de Medicina y se recibió de médico en 1903. Por sus altas calificaciones pudo, junto con otros condiscípulos entre los que cabe destacar a su amigo Pedro Chutro, realizar el practicantado en el Hospital de Clínicas.

Allí nació su pasión por la cirugía que reafirmó cuando conoció a una figura de la talla de Alejandro Posadas y después de su temprana desaparición, ocurrida a los 32 años, a Marcelino Herrera Vegas. De éste, aprendió cirugía ortopédica en el servicio de cirugía infantil. Es por eso, que su tesis de doctorado la hizo sobre “Pie bot varo equino congénito”, que ilustró con sus propios dibujos.

En 1904, tiene lugar su ingreso al Hospital Rawson como Médico Interno “ad honorem” del Servicio de Andrés Llobet.

Tres años más tarde, hizo su primer viaje a Europa donde visitó los más importantes centros quirúrgicos y vio operar a los cirujanos más famosos de Francia, Alemania, Austria y Suiza.

Impresionado principalmente por la organización de las clínicas alemanas volvió al Rawson, como médico agregado de la Sala, ahora de David Prando, con un enorme bagaje de nuevos conocimientos y gran cantidad de instrumental, especialmente para endoscopía.

Interrumpió su labor en 1918, para viajar nuevamente a Francia a prestar servicio como Cirujano Jefe en el Hospital Argentino de Passy, que había sido creado por iniciativa de nuestro embajador Marcelo Torcuato de Alvear, para asistir a los heridos de la 1ª Guerra Mundial. Allí ganó una importante experiencia en cirugía de urgencia y su brillante actuación le valió obtener la “Condecoración de la Legión de Honor” y la “Medalla de Oro de Guerra”.

A su regreso, previa una escala en los Estados Unidos para visitar la Clínica Mayo, introdujo el primer aparato de Ombredanne para anestesia general con éter. Años después, también importaría un sistema de circuito cerrado, lo que demuestra la preocupación que siempre tuvo de contar con mejores anestésicos para poder realizar cirugías cada vez más complejas y de mayor duración.

En 1920, asumió la jefatura de la Sala 14 y tres años más tarde se dirigió otra vez a se Europa para actualizarse con las nuevas técnicas operatorias. De vuelta en Buenos Aires se dedicó a supervisar la construcción del Pabellón IX que le había sido asignado.

En él culminó su obra y fue donde su figura alcanzó el máximo esplendor. Sus revistas de Sala, los Ateneos semanales y sus magistrales intervenciones centraron la atención del mundo quirúrgico e hicieron vivir al Servicio una época de oro. Asiduamente concurrían todos los que querían ver y aprender al lado del “Maestro” y desfilaron las más prestigiosas figuras de nuestro país y del extranjero; cómo René Leriche, que lo consideró uno de los tres más grandes cirujanos que viera operar y Lord Moynihan, quién después que realizará una gastrectomía con singular destreza y elegancia le dijo: “Si tuviera que operarme de úlcera, lo buscaría a Ud, aunque me encontrara en el último confín de nuestro Imperio.

La nómina de discípulos fue aumentando y se agregaron, entre otros, Osvaldo Lanari, Emir D’Astek, Santiago Chouhy, Oscar Vaccarezza, Augusto Covaro e Isidro Castillo Odena. El plantel se completaba con clínicos y especialistas, entre los que cabe mencionar a Héctor Gotta, al urólogo Alberto García y al odontólogo Luis Bengochea.

No podemos omitir mencionar la actuación que cumplieron en esos primeros tiempos el cabo Antonio y la caba Juana, que había conocido en Alemania, y que manejó con severa disciplina prusiana los quirófanos del Pabellón.

Cuando se remodeló el Rawson no se previó la necesidad de un Servicio de Radiología. Enrique Finochietto, conocedor de su importancia creciente lo incorporó a su Servicio, así como también se ocupó de conseguir a destacados radiólogos como Pablo Schlanger y Manuel Malenchini.

EL CIRUJANO

Enrique Finochietto operaba en silencio en forma pausada sin realizar ningún gesto o maniobra innecesaria. Tenía la virtud de hacer sencillo lo que aparentaba ser complejo. Junto con sus hermanos, Ricardo y Miguel Ángel, conformó un equipo que se convertiría en el más afamado de su tiempo.

Abordó con singular maestría todas las ramas de la cirugía por lo que resulta difícil hacer un relato ordenado.

Tuvo especial predilección por la cirugía tiroidea y diseñó el que llamó “separador horquilla” para abordar el pedículo superior.

También incursionó en cirugía cardíaca. En 1929 realizó por primera vez en la Argentina el taponamiento y sutura de una lesión del corazón, salvando la vida de un joven que había recibido un proyectil de arma de fuego, hecho que tuvo gran repercusión en su momento. Además, fue el primero en el país en operar una persistencia del conducto arterioso.

En los albores de la cirugía torácica realizó operaciones de gran complejidad para la época pero, indudablemente, su contribución más importante fue la concepción del separador

intercostal a cremallera irreversible, adoptado y utilizado en el mundo entero, y también la del aspirador con trócares para la cirugía de los quistes hidatídicos.

En cirugía esofágica, ideó un dilatador neumático para el megaesófago por acalasia y fue el primero en nuestro medio en emplear la operación de Heller para corregir esta patología.

Pero fue en cirugía gástrica donde su aporte resultó trascendental. Comenzó a emplear la gastrectomía subtotal para la úlcera gastroduodenal en 1924, mucho antes que los cirujanos de América del Norte. Desde entonces, perfeccionó la técnica de la anastomosis entre el estómago y el duodeno, anastomosis que llamó de Pèan-Billroth en homenaje al primero en realizarla y a quien tuviera la primera supervivencia.

Para ejecutarla con una particular habilidad, utilizaba varios instrumentos de su invención.

Tal fue la perfección alcanzada, que Rodney Maingot lo invitó para que en su libro “Cirugía de Posgrado” editado en Londres en 1936, escribiera como el único autor extranjero, el capítulo sobre la operación de Pèan-Billroth. Estos son algunos de los dibujos originales de los 39 que ilustran la obra de Maingot.

EL INVENTOR

Su facilidad para el dibujo y esa rara intuición para la mecánica lo convirtieron en un notable creador de aparatos e instrumentos. En la Historia de la Medicina sólo puede encontrar parangón con el genial Eugène Doyen

Además de los ya mencionados, ideó e hizo construir varios instrumentos que actualmente todavía se emplean en todas partes. A esta invaluable contribución, se suman mesas para examen y de cirugía y ortopedia y, especialmente, el frontolux, qué, a la manera que lo hacen los mineros, permitió tener una iluminación eficaz del campo operatorio.

ACTIVIDAD ACADÉMICA

En 1914, al ser designado Profesor Adjunto de Medicina Operatoria presentó su Tesis “Los métodos operatorios para la exclusión del píloro”; 4 años después obtuvo el nombramiento como Profesor de Clínica Quirúrgica.

En 1922, presidió la Sociedad de Cirugía de Buenos Aires.

Fue relator oficial del tema “Fracturas de la diáfisis del fémur” en el 4º Congreso Argentino de Cirugía de 1932 y, al año siguiente, Presidente del 5º Congreso.

Su formidable aporte a la cirugía lo volcó en los 11 tomos de la “Técnica Quirúrgica”, que escribió en colaboración con Ricardo Finochietto.

También junto con su hermano, en 1938, crearon la Escuela Quirúrgica para Graduados, a la que 10 años después se le dio la condición de Municipal. En ella se formaron gran cantidad de

destacados discípulos de indiscutible valía que ocuparon y ocupan cargos relevantes en distintos ámbitos científicos.

Miembro de prestigiosas Sociedades nacionales y extranjeras, alcanzó todos los títulos y honores. Sin embargo, el que con mayor orgullo lucía, como figuraba en su recetario, era el de ser “Cirujano del Hospital Rawson”, institución a la que dedicó toda su vida.

EL HOMBRE

Enrique Finochietto, no sólo se destacó por ser un brillante cirujano y un prolífico inventor, sino también por su gran valor humano y la defensa que siempre hizo de la ética en su profesión. Reconocido por su bondad y dignidad, regido por una profunda moral cristiana, fue una personalidad muy generosa a la que caracterizaba el gran apego al trabajo y a la capacitación constante.

Uno de los preceptos que inculcaba a sus discípulos era: “Sólo cumple con su deber quien va más allá de sus obligaciones” o cuando, parafraseando a César Roux, decía “Hacer las operaciones chicas como si fueran grandes, para poder hacer las grandes como si fueran chicas”. Pero no todo era cirugía. Tenía otras dos pasiones: el fútbol y el tango. Él con sus hermanos concurrían frecuentemente a ambos espectáculos. Fue amigo de Carlos Gardel y en 1925, el gran compositor y músico Julio de Caro le dedicó el tango “Buen amigo” como agradecimiento porque a su pedido abandonó una velada en el “Chantecler” para ir a operar con éxito la madre de un amigo suyo que padecía una peritonitis apendicular, afección de gravísimo pronóstico para entonces.

LOS ÚLTIMOS AÑOS

Agravada la enfermedad que padecía, en 1933 renunció a la Cátedra de Clínica Quirúrgica pero el Consejo Superior de la Universidad de Buenos Aires lo designó Profesor Honorario.

No obstante, continuó con su tarea asistencial en el Pabellón IX. Allí el 8 de marzo de 1940 operó un quiste hidatídico del hígado en un paciente procedente de la Patagonia y ésta, fue su última operación.

Poco después, su lucidez se desvaneció y quedó prácticamente inmovilizado. Finalmente, uno de los más brillantes médicos argentinos de todas las épocas y un verdadero mito de nuestra cirugía, falleció en Buenos Aires el 17 de febrero de 1948. La noticia de su muerte tuvo repercusión nacional e internacional, debido al gran renombre que había adquirido.

“Su” Pabellón IX recibió, como homenaje a su memoria, el nombre de “Enrique Finochietto”. Un busto y una placa colocada a la entrada de los quirófanos, sintetizaba con su leyenda: “Aquí operó y enseñó Enrique Finochietto, Maestro de la cirugía técnica”.

Ricardo Finochietto se hizo cargo de la conducción del Servicio y Osvaldo Lanari se desempeñó como Jefe Interino hasta la designación por concurso de Augusto Covaro.

A comienzos de la década del 60 tuve la satisfacción de poder ingresar al mismo. En este momento tan especial, con esta foto tomada para el centenario del Rawson, quiero recordar y honrar la memoria de todos los maestros que tuve desde mi llegada al Pabellón IX del querido Hospital Rawson, quiénes, con sus continuas y desinteresadas enseñanzas contribuyeron a mi formación médica y humana. Destaco entre todos ellos a José Agustín Salas, cirujano poseedor de una técnica depurada, que fue quien me enseñó todo lo que luego pude transmitir a los que me acompañaron.

Fue un exponente relevante de nuestra Escuela al que el Dr. Ricardo le otorgó el “Premio Finochietto 1958-59”. A su lado muchos aprendimos técnica quirúrgica pero, sobre todo, disciplina, y nos transmitió ese amor que sentía por la cirugía y la importancia de mantener una capacitación continua.

En septiembre de 1978, insólitamente se decretó el cierre del Hospital Rawson y por otra disposición que resulta imposible de entender, se demolió el Pabellón IX que cubrió una época gloriosa de la cirugía argentina y en el que brilló la figura de Enrique Finochietto.

Nuevamente mi reconocimiento a la Comisión de Homenaje y destacar que su labor ha conseguido mantener vigente la Escuela Finochietto a más de 30 años del cierre del Rawson.

Finalmente, quiero expresar el recuerdo imborrable que tengo de mis padres y el amor que siento por quienes más les debo por los logros que pude haber alcanzado que son mis hijos y Elena, mi compañera de toda la vida, que me entendieron, apoyaron y supieron perdonar tantas horas de compañía que les resté durante mi etapa de formación.

Le agradezco a César Gotta por el material iconográfico que me facilitó y a Alejandro por sus palabras; es evidente, que el afecto le hizo perder objetividad. De todas maneras, veo que hizo todo lo posible para tratar de justificar el por qué de este premio. Espero que los haya convencido.

También quiero agradecer a todos los que estuvieron a mi lado durante todo este tiempo, la mayoría de los cuales me distinguió con su sincera amistad; a mis nietos y a los que me acompañan esta noche. A todos muchas gracias.